

CAPITULO XII

JOSÉ S. VACAS FARACO, FARMACÉUTICO, SECRETARIO DEL COLEGIO Y MI PADRE. Por José Vacas Barranco. Colg. 972



D. Jose S. Vacas Faraco

De niño la noción del tiempo es diferente. También lo es la idea que se tiene de los mayores, y no digamos de tus padres. Poco menos que superhéroes. No hay nada comparado a la seguridad que un hijo siente cuando va de la mano de su padre. Y mi caso no iba a ser menos.

Yo veía como algo normal que mi padre tuviera trabajo por la mañana y por la tarde. En sitios diferentes. Que cuando quería verlo o preguntarle dudas de clase fuera muy cerca de casa, al Colegio, y que nos sentáramos en su despacho. En esa época, en la que no existía Internet (uno va teniendo unos años), cuando te mandaban un trabajo se usaban las enciclopedias. Más de un rato en la sala de juntas echaba yo buscando cosas en la Espasa del Colegio Farmacéutico, que era, además, la versión extendida. Ni me acuerdo de los tomos que tenía aquello.

Tampoco era extraño verle elaborando las actas de las juntas los domingos por la tarde. A mano, con un magnetofón, puesto que las

grababa en cinta, para no dejarse ningún detalle y después las transcribía en el libro de actas. Era un hombre muy metódico en todo lo que hacía y cuidaba al límite la expresión al escribir.

Con el paso del tiempo fui comprendiendo que el Colegio Farmacéutico formaba parte de nuestras vidas, pues pasábamos muchos ratos en él y condicionaba muchas de nuestras decisiones.

¡La de veces que le acompañaría por que sonaba la alarma! No fuera a ser que por mala suerte no se tratara de un mal funcionamiento de ésta y hubiera algún ladrón dentro. ¡Cómo le iba a dejar solo! Por fortuna eso nunca sucedió y nunca nos encontramos a nadie merodeando por allí dentro. Pero esos nervios de ver qué pasaba siempre los sufríamos. Aunque no se trataba de nada preocupante. Yo diría que me resultaba, incluso, estimulante.

Tampoco era poca cosa el cañón proyector que había en el salón de actos y que era como el cine, porque se conectaba a un video VHS que había por allí y se veía en una pantalla. Allí vi la película de Sufre Mamón de Hombres G (legendaria para los jóvenes de mediados de los 80), mientras él hacía sus labores de secretario del Colegio.

¡Cuántas anécdotas os podría contar! ¡Me pasaría horas!

Siempre fue un hombre reservado, y jamás me hizo comentario desfavorable respecto a ninguno de nuestros colegas. Yo pensaba que en el Colegio todo era perfecto, y lo veía como una hermandad. Una profesión donde todos estaban a una. Un gremio con una unión excepcional. Y en cierto modo lo era. La junta estaba formada por amigos, sin ninguna duda.



Comidas campestres de hermandad organizadas por el Colegio

Cómo olvidar las reuniones, en familia, del Colegio. Recuerdo un par de sitios, como una finca de Gibraleón, u otra de Clarines. Lo pasábamos bomba. O la bodega de D. Isabelo, en Rociana. Eran días de campo que organizaba el Colegio en la finca de alguno de los colegiados donde se convivía en un ambiente diferente al del trabajo.

Era una época en la que las oficinas de farmacia las concedía el Colegio. ¡Menuda responsabilidad!

Así las cosas, no fue de extrañar que cuando hubo que comprar un piso, se lo compró en el mismo edificio donde el Colegio compró otro para su ampliación. No tenía más que bajar las escaleras y subir un tramo de otras para llegar a la entreplanta y llegar a la zona donde está el despacho del secretario.

También era una persona exigente, consigo mismo y con los demás. Del mismo modo tenía una bondad infinita. Trataba de que fuera un modelo en los estudios, y yo estudiaba, pero tampoco me mataba... y le tenía siempre encima.

Con todo esto, no resultaba difícil decidirse por qué carrera estudiar. Pensé en muchas cosas, pero al final, me decidí por farmacia. Él nunca quiso influirme en esa decisión. Pero con esos antecedentes no me parecía que existiera mejor opción.

Durante la carrera me dio una época por tener el pelo largo. Después de algunos años me lo corté, pero lo traía frito. Me decía el beato (Juan Romero), tesorero del Colegio, cada vez que me veía, que hiciera el favor de cortarme ese pelo, que a mi padre le daba vergüenza que me vieran sus amistades. Él nunca me lo dijo, pero sabiendo que le gustaba llevar siempre una corbata, una chaqueta, e ir perfectamente afeitado, me lo podría haber imaginado. Lo cierto y verdad es que, si no me lo hubiera dicho Juan, a mí no se me habría ni ocurrido. Las cosas de la edad.

Cuando terminé la carrera, el primer día que estuve de vuelta a casa, me llevó a colegiarme. Me sacó varias copias del título, y las compulsó. Estaba absolutamente orgulloso de que yo fuera farmacéutico. Y siempre presumía de que la elección había sido mía, y que él no me había influido en nada.

Dicen que el ejemplo es lo mejor que se puede dar a un hijo. Y sin duda fue así, puesto que tanto mi hermana como yo cursamos los estudios de farmacia.

Ya jubilado, y habiendo dejado de ser el secretario del Colegio, seguía pasando por allí a diario. Compraba el periódico por la mañana en *Rufi*, y lo llevaba al Colegio. Lo leía, veía a los compañeros que pasaban

por allí, y se enteraba de todo lo que se cocía en el gremio. Era una fuente inagotable de información.

Y así fueron sus días, hasta que dejó de poder ir por el Colegio por motivos de salud.

El día que Dios decidió llevarlo consigo fueron múltiples las muestras de cariño desde todo el ámbito farmacéutico y colegial. La Iglesia de San Pedro estaba absolutamente llena de compañeros. Los mismos por y con los que trabajó durante una gran parte de su vida.

Fue un gran devoto de la Virgen del Perpetuo Socorro, con cuya imagen pidió ser enterrado. Sin duda reflejo de su gran vocación sanitaria, gracias a la cual mi hermana y yo, la siguiente generación, sentimos similar pasión por esta profesión.

Ya algunos de los que son la siguiente generación dicen querer ser farmacéuticos. Claramente fruto del ejemplo que el bueno de José Santiago Vacas Faraco nos regaló durante toda su vida.

Gracias papá.